XXXIX

Estaba dada la órden de que el príncipe recibia, lo cual era una cosa excepcional, porque ni aun los amigos íntimos penetraban apenas en su cuarto.

Abrió el criado la puerta del salon, y con la dignidad que pudiera emplear un portero de un ministerio, dijo el nombre:

—El señor Héctor Begourde.

Godefroy de Castel-Vivant esperaba de pié y miraba á través de su *lorgnon*.

Con una sola mirada midió al recien llegado, apreciándole y avaluándole.

—Es un buen muchacho—pensó para sí,—un poco vulgar y que no sabe vestirse, pero que tiene buen aire, como dicen algunos gomosos que yo conozco; á poco que ponga de buen deseo é inteligencia será fácil hacer de él algo que valga, á pesar de esos trenes de mercader suizo.

Durante este corto monólogo saludó Begourde de una manera mucho mas desconcertada de lo que él se hubiera querido confesar.

El príncipe le presentó la mano sonriendo y

diciéndole de aquella manera que él tenia de gran señor, y que le hacia tan simpático:

—Tengo mucho gusto en veros, querido señor.... lo mismo el uno que el otro sabemos el objeto de vuestra visita, y no tenemos por lo tanto necesidad de andarnos con rodeos, pudiendo ir derechos á nuestro objeto y hablar como antiguos amigos.

—Eso es lo que yo deseo, señor príncipe—murmuró Begourde.

—Llamadme únicamente señor—replicó Godefroy,—y sabed que el mundo en que quereis entrar usa muy poco de los títulos en el diálogo.

—Gracias por la leccion, señor.

—Es posible que os tenga que dar algunas.

—Que yo agradeceré mucho, y que aprovecharé cuando me sea posble, porque tengo grande necesidad de ellas.

—Estoy seguro de que las aprovechareis—dijo el señor de Castel-Vivant, que no quedó disgustado de la respuesta de Héctor.—¿Os causaria extrañeza—dijo despues de una breve pausa—si os dijese que os conocia tan bien como os podeis conocer vos mismo?

—Convengo en ello, me llamaria algo la atencion.....

—Antes de escribiros—continuó Godefroy—y antes de deciros el nombre que se ocultaba

en las iniciales X. Y Z., me he enterado detalladamente de vuestro pasado, y vuestra presencia en este salon os dirá claramente que lo que he sabido os honraba. Cuando érais pobre como Job, habeis vivido mejor ó peor de vuestro trabajo, llevando una existencia anómala que yo no os criticaré, puesto que, viviendo en el medio en que os arrojaba vuestro nacimiento y vuestra pobreza, no habeis cometido una mala accion que os pudiera hacer sonrojor hoy; pero tan luego como os ha llegado la fortuna, se han despertado en vos las aspiraciones y los instintos de buena sociedad que abrigábais en estado látente sin sospecharlo. ¿No es verdad?

—Teneis razon; sí, señor.... solo que me equivocaba cuando empecé á manifestar esas aspiraciones y esos instintos de que hablais; el mundo me atraia como á las mariposas la luz....

—Muy bien—dijo el príncipe riéndose,—¿y no os habeis quemado por casualidad en las llamas de algunos hermosos ojos de marquesa ó de condesa?

Begourde se puso encendido.

—Quizá haya algo de eso—balbuceó.

—Me gusta esa franqueza—continuó Godefroy,—y vuestra confesion me explica mucho mejor todavia el que querais borrar hasta el menor vestigio de aquella existencia sin dignidad, entrando en el verdadero mundo para tratar de igual á igual con las duquesas, y quien sabe si para hacer algun dia un brillante matrimonio á que podeis aspirar por vuestra fortuna. ¿Tengo razon tambien en esto?

—Sí, señor; exceptuando lo del matrimonio, en el cual no pienso por ahora.

—¿Ni aun con la marquesa ó condesa de que hablábamos ahora?

—Está casada, señor; ademas la persona de que se trata obró conmigo con alguna ligereza.

—Pero, ¿os amaba?

—Puedo asegurar que no me detestaba.

—¿Os dió algunas pruebas.... sérias?

—¡Nunca!

—En cuanto seais príncipe un poco, vereis.

—¡Ah! señor, ya me lo figuro; pero ¿seré príncipe? ¿Me honrareis dándome un nombre que llevaré con orgullo?

—Esto depende de vos únicamente—contestó sonriendo Godefroy,—os aseguro que me sois simpático, y tengo la creencia de que se puede hacer de vos un Castel-Vivant muy presentable. Por mi parte no hay ningun inconveniente.

—Pues si es así—contestó Begourde,—es cosa hecha.

—Perdonad, amigo mio, vais un poco de prisa; es menester que habremos antes.

—Hablemos, señor; eso es precisamente lo que deseo.

—Voy, pues, á esplicarme—continuó el príncipe,—y lo voy á hacer de una manera clara y terminante. Hace poco mas de media hora que os conozco, y no es posible por lo tanto que un cariño vivo y profundo sea el que me impulse á tomaros por hijo adoptivo; ¿no es verdad?

—Tan claro como el agua—respondió Begourde.

—Me han dicho que teneis talento—continuó el príncipe,—y comprendereis por lo tanto perfectamente que aquí no se trata de un negocio, sino de un cambio de buenos procedimientos, y de atenciones mútuas y delicadas. Entre mi nombre y el vuestro existe la misma diferencia que entre vuestro capital y el mio; yo soy un gran señor y vos sois de la clase del pueblo; pero en cambio vos sois muy rico y yo soy muy pobre. Todo esto se puede equilibrar haciendo una transaccion equitativa, sin que vayais á pensar por esto que trato de venderos mi nombre; porque aunque esto pudiera ser legal, mi delicadeza no se conformaria con un negocio de esta especie, y creo que la vuestra tampoco lo aceptaria. Os adopto, sois mi hijo, y por lo tanto príncipe de Castel-Vivant, sin que nadie pueda disputaros este derecho. El

sentimiento de las conveniencias sociales está bien desarrollado en vos para consentir el que, siendo vos un príncipe millonario, viva vuestro padre vegetando en oscura mediania, como yo vivo ahora. ¿Verdad que no consentiriais en esto? ¿Me equivoco?

—Nó—exclamó Begourde con verdadera expansion,—cien veces no. Nunca ni por ningun pretexto: voy inmediatamente á proporcionaros una existencia que sea digna de vos, rodeándoos de ternura y de lujo.

—Ese es un pensamiento propio de un buen hijo que os honra: de mi hijo puedo aceptarlo todo, aunque no consiento que se toque en un céntimo al capital que constituye vuestra fortuna, y que será un dia la de los Castel-Vivant venideros, para sostener el lustre de su nombre.... Disminuirla, seria cometer un crímen.

—Sin embargo—dijo Begourde.

—¡No insistais!—interrumpió el príncipe.—Me dareís una renta vitalicia.

—Os la ofrezco de todo corazon; fijad vos mismo el importe.

—Cien mil francos anuales me serán suficientes.

—No es mucho.

—Tengo gustos muy sencillos.

—Pero.....

—No insistais—contestó Godefroy,—he di-

cho mi última palabra y no conseguireis nada.

—Me someto á vuestra voluntad; sean, pues, cien mil francos, aunque encuentro esta cantidad muy insignificante.

—Os repito, querido hijo, que tengo bastante con eso, con tal de recibirlo puntualmente.

—Podeis confiar en mi exactitud.

—Cuento con ella, con tanta mas razon puesto que vais á depositar en casa de un notario el capital que sea necesario para producir esa renta, y éste será el que me la entregue; ademas, no estaria bien que nosotros tuviéramos que pedirnos y darnos dinero, y hasta sería enojoso pedir recibo á un padre ó dárselo á un hijo.

—Teneis, como siempre, razon; depositaré el capital. ¿Estamos conformes?

—De todo; pero aún quedan por tratar algunos puntos incidentales que no pueden ser rechazados por vuestra parte, puesto que se trata de que yo salga airoso al presentaros al mundo.... No me deis las gracias, porque esto es puro egoismo. Para que tengais buena acogida he de corregiros alguno que otro defecto que teneis, aunque sois un buen muchacho. ¿Teneis alguna duda?

Estaba bien convencido de ello.

—¡Sois modesto! mucho mejor; decididamente me vá á ser muy fácil haceros un cumplido

caballero.... El terreno es bueno.... ¿Montais á caballo?

—Sí y nó.

—¿Como es eso?

—Monto á caballo sin caerme, pero desconozco los principios de la equitacion, porque siempre lo he hecho en los alquilones de la Porte-Maillot y de Montmorency.

—Ireis al picadero, y dentro de dos ó tres meses os encontrareis en situacion de competir con cualquier *sportman*. ¿Sabeis guiar un coche con dos ó cuatro caballos?

—Ahora estoy tomando lecciones.

—Bueno; vamos á la esgrima; ¿sois buen tirador?

—Ni bueno ni malo: he tirado como se tira en los talleres de pintor; pero tengo buen ojo y el pulso fuerte.

—Ya eso es algo, aunque no es bastante; tomareis lecciones de Vigeant, que os hará un buen floretista. Y á la pistola, ¿tirais algo?

—Regularmente; rompia los huevos y las pipas en las fiestas de Saint-Cloud, Bougival y Neuilly.

—¿Habeis tenido duelos?

—Nunca..

—Seria muy conveniente tener uno lo mas pronto posible, pero un duelo con alguien de la *high life*, que fuera por una causa bonita.

Supongo que esta idea no os causará repugnancia.

—Al contrario—respondió Begourde,—me seduce.

—Estaba seguro de ello—dijo Godefroy con marcada satisfaccion,—continuemos nuestro interrogatorio: ¿bailais?

—¡Ya lo creo! muy bien—murmuró él sonriendo.

—Comprendo; discípulo de Brididi, ¿no es verdad? representante autorizado de la escuela moderna del cancan. No es que yo no quiera apreciar como otro cualquiera el mérito que tiene un caballero solo bailando, ni que desconozca los inmortales principios en que descansa ese baile de pura fantasía; pero todo eso está muy bien en *Mabille* y en la *Closerie*, adonde voy algunas noches para pasar un rato. Un jóven del gran mundo se vé obligado en muchas ocasiones á bailar un rigodon con una vírgen de muchos blasones.... es menester que tomeis un maestro de baile. ¿Teneis aficion á la caza?

—No lo sé, porque no he cazado nunca.

—Os aficionareis.... ¿jugais?

—Me parece que ni tengo aficion, ni me disgusta.

—¿Y el whist?

—Lo conozco únicamente de oídas.

—Yo os lo enseñaré.

—¿Es muy útil?

—Es indispensable.... no quiero preguntaros, hijo mio, si sabeis entrar en un salon, porque hace poco habeis franqueado mi modesta vivienda, y sé á que atenerme.... para terminar, vuestra educacion debe empezarse por completo, y así lo haremos, porque, á Dios gracias, teneis buenas condiciones, y esto es lo principal. Queda decidida la adopcion, y sereis príncipe de Castel-Vivant; tratemos ahora de llegar á este resultado buscando el camino y los medios.

XL

—Queda decidida la eleccion, y sereis príncipe de Castel-Vivant; tratemos ahora de llegar á este resultado buscando el camino y los medios—habia dicho Gobefroy.

—Me parece que esto es la cosa mas sencilla del mundo—contestó Begourde.

—Pues os parece mal.

—Tengo un ardiente deseo en que me adop-